

Julio Arriagada-Augier

Oración del hermano de la Acacia



NOS encontramos en el corazón de la Acacia,
bajo su signo verde, cubiertos de silencio.

Hurgamos en la sabiduría de los siglos
y vamos en tránsito al Oriente,

hacia el Oriente, siempre.

El mazo y el cincel, el compás y la escuadra
son conocidos nuestros.

Hemos traído y llevado la luz,
la hemos recibido y entregado;

sin embargo, debemos seguir buscándola
en nosotros mismos.

Estamos entre nubes,
entre luces y sombras.

Frente a arcanos oscuros,
frente a enigmas sugestionantes,

que nos hacen sentir la limitación
de nuestra inteligencia razonadora.

Estamos en el camino mismo

que otros recorrieron antes
para dejarnos generosamente la huella.
La gran luz ciega nuestros pobres ojos frágiles
y detiene nuestro avance inseguro
para mostrarnos y enseñarnos
a salvar los obstáculos.

Nos encontramos en el corazón de la Acacia.
Llegamos hasta ella ciegos y vacilantes,
la escuadra sobre la frente,
una pequeña luz en la mano,
guiados solamente por el amor fraterno.
Sabemos de la caricia en la sien
del laurel y el olivo.
Nos aprieta los labios
el signo mágico del silencio.
La llave del entendimiento
nos ha sido entregada
y tiembla en nuestras manos inexpertas.
Buscamos la palabra
que descubra el secreto,
y con ella el camino que conduce
más allá de donde mueren o se pierden
los pasos y todos los sonidos.

Nos encontramos en el corazón de la Acacia
procurando descifrar el misterio
de su perennidad, de su verdor eterno.

Oración del hermano de la Acacia

Desde el alba a las tinieblas
nuestro afán modesto procura
aportar su amor al porvenir.
Nuestras mentes conciben el edificio del futuro
construído con nuestro acervo tradicional:
materiales celestes y las mejores experiencias
de la humanidad.

Nos encontramos en el corazón de la Acacia.
Las tinieblas disipan nuestros rasgos físicos.
El Poderoso Maestro cierra los trabajos del día.
Sólo Hiram permanece guiando e irradiando su luz
en el corazón de los Maestros Secretos.

